

JACOBO

EL DUQUE DE ALBA
EN LA ESPAÑA DE SU TIEMPO
(1878-1953)

Enrique García Hernán

JACOBO

EL DUQUE DE ALBA
EN LA ESPAÑA DE SU TIEMPO
(1878-1953)

CÁTEDRA
HISTORIA. SERIE MAYOR

1.ª edición, 2023

Ilustración de cubierta: *Jacobo-Fitz-James Stuart Falcó Portocarrero y Osorio, XVII duque de Alba*, de Vicente Santos Sainz (copia de Manuel Benedito), Madrid, Real Academia de la Historia, 1952

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© Enrique García Hernán, 2023
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2023
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

Depósito legal: M. 2.215-2023

I.S.B.N.: 978-84-376-4570-4

Printed in Spain

*Al presidente y compañeros
de la Comisión Española de Historia Militar*

PRÓLOGO

Nobleza y compromiso

Los ruegos del autor y los buenos oficios de dos queridos compañeros académicos me han persuadido de la posibilidad de que estas breves palabras puedan contribuir a la buena recepción que merece la ambiciosa empresa que ha acometido Enrique García Hernán al ofrecernos una exhaustiva biografía de Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, XVII duque de Alba y X duque de Berwick, entre muchos otros títulos nobiliarios.

Sumó a esos los títulos que se debieron a su continuada presencia, de más de medio siglo, en la vida política, diplomática y cultural española, en la que desempeñó muchos puestos de interés —desde ministro a director de la Real Academia de la Historia—, en los que siempre trató de dejar una fuerte huella.

Había nacido en 1878, cuando la España de la Restauración daba sus primeros pasos bajo el reinado de Alfonso XII, que acababa de enviudar, tras un brevísimo matrimonio con su prima María de las Mercedes. El país estaba guiado por la experta mano de Antonio Cánovas del Castillo y en Cuba se había apagado la sublevación independentista tras la paz de Zanjón. En París se había inaugurado una Exposición Universal y los gobiernos europeos parecían haber puesto un precario orden en los Balcanes tras el Congreso de Berlín.

Aplicando criterios estrictamente cronológicos, Jacobo perteneció a la generación de 1914 —la figura epónima del grupo, José Ortega y Gasset, nacería en 1883—, pero el dato no parece demasiado relevante para una persona que, desde las mismas circunstancias de su nacimiento, se resiste a cualquier encuadramiento generacional. En Jacobo Fitz-James Stuart apenas resultan significativas su circunstancia y vocación, por emplear la terminología del propio Ortega.

Desde que adquirió el uso de razón supo que iba a ser el siguiente duque de Alba y su vocación quedó indeleblemente marcada por ese simple y determinante hecho, por más que quedasen pendientes de concretar los instrumentos y los medios con los que habría de sacar adelante la tarea que su origen le deparaba. Ni su

entorno familiar ni las circunstancias de su formación ni sus gustos y aficiones estuvieron determinados por otro objetivo que no fuera el deber de llevar a buen término la tarea que le imponía su origen y su apellido. Salvador de Madariaga pudo caracterizarlo, por eso, como una perfecta «simbiosis de nobleza y de sencillez». Profundamente liberal, por más señas¹.

Había nacido en uno de los puestos más señeros de un grupo social —la nobleza— que, desde hacía mucho tiempo y durante todo el primer tercio del siglo xx, era parte importante de la minoría dirigente del país. Como he podido escribir en otro lugar, esta situación aparece reconocida, de forma abierta, por el duque de Maura, cuando solo faltaban unas semanas para que se implantase la Segunda República española: «España, políticamente hablando, somos dos millares de personas que, en conjunto, tenemos su suerte en nuestras manos»².

Los dos millares a los que se refería el duque de Maura no eran solo nobles pero no cabe duda de que, en ese pequeño grupo de españoles, estaban casi todos los grandes títulos del país y, desde luego, nuestro biografiado. Es una realidad que ha atraído la atención reciente de algunos historiadores que han resaltado el papel de este grupo social en la España de la Restauración canovista. El éxito literario de *Pequeñeces*, del padre Luis Coloma, en los primeros meses de 1891, podría ser la mejor ilustración literaria de lo que fue aquella sociedad cuando nuestro biografiado aún estaba en los inicios de su pubertad.

Desde octubre de 1901, cuando está a punto de cumplir los veintitrés años, es ya el décimo séptimo duque de Alba y su trayectoria personal está definitivamente marcada, aunque su compromiso público resultará aún impreciso durante algunos años. Unos meses más tarde accedería también al puesto que le había deparado el destino otro *teenager*, miembro tardío de la generación de 1914, que tampoco se ajustaba a los parámetros generacionales: Alfonso XIII. Ambos se verían obligados a abrirse paso en una España dirigida por viejos políticos, que se habían forjado en la coyuntura revolucionaria de 1869 y en la definición de una España liberal y constitucional con fórmulas que parecían casi agotadas.

Aún sin haber terminado los estudios de Derecho, Jacobo tomó una primera opción política y se procuró un acta parlamentaria por Lalín (Pontevedra), beneficiándose de los intereses económicos que tenía en aquel distrito. Lo hizo en las filas del Partido Conservador que estaba en el Gobierno y, junto con él, debutaría aquel año en las lides parlamentarias el aragonés Joaquín Costa, que representaba el impulso regeneracionista de comienzos de siglo. Sin embargo, la actividad del

¹ *Españoles de mi tiempo*, Barcelona, Planeta, 1974, págs. 253 y 256.

² 12 de febrero de 1931. Carta de Gabriel Maura Gamazo a don Francisco Drake Fernández-Durán, marqués de Cañada Honda, Madrid, Archivo Maura.

duque de Alba en el Congreso de los Diputados, que se prolongará hasta 1916, aunque ya por el distrito de Illescas (Toledo), será muy limitada, dadas sus frecuentes ausencias. A partir de 1916 pasaría a formar parte del Senado.

La vida política de aquellos años parecía centrada en la renovación del liderazgo político de los partidos dinásticos, después del asesinato de Cánovas, entre los conservadores, y del fallecimiento de Sagasta a los pocos meses de iniciarse el reinado de Alfonso XIII. Una nueva generación parecía llamada a sustituir a los viejos líderes y el joven duque de Alba pareció apostar por los aires renovadores que traía el mallorquín Antonio Maura. En todo caso, la tormenta sobre el movimiento maurista, que se desarrollará entre finales de 1909 y comienzos de 1913, apenas deja huella en el duque, que supo mantener sin dificultad las buenas relaciones con Maura, sin perjuicio de su buen entendimiento con Eduardo Dato, el político idóneo para la dirección de un Partido Liberal Conservador, que no podía arruinar sus opciones políticas al apostar por un maurismo de reacción, que es la acertada caracterización que nos ha dejado el recientemente desaparecido Carlos Seco Serrano.

Para la biografía del duque de Alba fue mucho más significativo el hecho de que, en aquellos años, se abrió una dimensión mucho más prometedora de su compromiso público: la del mecenazgo cultural en el mundo del arte y en el de la historia. Un real decreto que apareció en la *Gaceta de Madrid* el 9 de junio de 1912 le nombraba vocal del Real Patronato del Museo del Prado, que se acababa de crear en esa misma fecha, en compañía de Gustavo Bauer, José Lázaro Galdiano, Jacinto Octavio Picón, Pablo Bosch, Manuel Bartolomé Cossío, Aureliano de Beruete y Alejandro Saint-Aubin. El decreto real había sido propuesto por el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Santiago Alba, que se había incorporado al Gobierno Canalejas unos meses antes. En línea muy similar estará el nombramiento del duque, esta vez por el gobierno liberal del conde de Romanones, como presidente del Patronato de Amigos de la Alhambra, según una real orden que apareció en la *Gaceta de Madrid* del día 19 de marzo de 1913. La vía del mecenazgo cultural parecía definitivamente abierta para el duque y, como se había podido apreciar con ambos nombramientos, los gobiernos del Partido Liberal no mostraban ningún reparo para incorporarle a esas tareas, a pesar de ser un diputado supuestamente conservador en aquel momento.

Estas responsabilidades le habían puesto en contacto con algunas iniciativas renovadoras que se abrían paso en la España de la segunda década y cuyo protagonismo correspondía a esa generación de 1914 a la que, como se dijo anteriormente, pertenecía por criterios cronológicos, aunque no estuviese relacionado con ella. El duque coincidiría con algunos de ellos en el Patronato del Museo del Prado o en el Patronato de Amigos de la Alhambra.

Fueron también los años en los que dieron sus primeros pasos iniciativas educativas como la Junta para Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes

o el Centro de Estudios Históricos, alrededor de los que giró la actividad de los más destacados intelectuales, literatos y académicos de aquellos años. En abril de 1924 sería nombrado vocal de la Junta para Ampliación de Estudios.

El duque asistió con simpatía a todas esas iniciativas, y cuando estalló la gran crisis moral que supuso la guerra europea, desde el verano de 1914, no dudó en alinearse con cuantos defendían la causa aliada, por cuanto era la causa de la libertad y del respeto a las normas democráticas. Eso le llevaría, en octubre de 1916, a integrarse en una embajada de intelectuales españoles que visitó los frentes franceses de guerra para hacer patente su compromiso «por el triunfo de las naciones libres y cultas»³. De esa embajada de intelectuales formaron también parte Manuel Azaña, Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Rafael Altamira, Jacinto Octavio Picón y Odón de Buen, entre otros.

Alba era, a todos los efectos, un miembro destacado de la brillante generación que protagonizó la llamada Edad de Plata de la cultura española en el primer tercio del siglo xx y, en mayo de 1919, leería su discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Historia. Una institución en la que volcaría una gran parte de su energía en las tareas de mecenazgo cultural. Sería su director desde finales de 1927 hasta su muerte.

Junto a su imponente dimensión de mecenas, el duque demostraría su voluntad de compromiso político en una efímera actuación como ministro en los últimos gobiernos de la Monarquía y, lógicamente, casi desapareció de la escena pública durante los años del ensayo republicano que se inició en abril de 1931, cuando el duque acababa de salir de España. Fueron años en los que su compromiso político se atenuó sensiblemente, sin romper del todo con las nuevas autoridades, con las que mantuvo algunas líneas de entendimiento en cuestiones de política social (Largo Caballero) y económica (Prieto).

La incompatibilidad, en cualquier caso, era de principios y se agudizó conforme pasaron esos años republicanos, hasta la abierta ruptura que enfrentó a todos los españoles en julio de 1936.

El duque de Alba, al que el pronunciamiento militar le sorprendió, una vez más, fuera de España, se alineó decididamente con los sublevados desde los primeros compases del conflicto, y protagonizó entonces la actuación más decisiva de su larga trayectoria de compromiso público.

En la primavera de 1937 recibió un encargo de mediación diplomática entre los militares sublevados y el Gobierno británico, en el que el autor aporta la novedad de la presencia del infante Alfonso de Orleans en Londres durante unos meses. Una presencia que está necesitada de una mayor aclaración.

³ Fernando Soldevilla, *El año político: 1916*, Madrid, Imprenta y encuadernación de Julio Cosano, 1917, pág. 400.

Durante casi dos años, antes de convertirse en embajador efectivo de España en la corte británica, actuó como agente oficioso de la España nacional en diversos escenarios europeos en los que hizo valer las numerosas relaciones acumuladas a lo largo de muchos años. Entre ellas, la de alguna figura destacada del bando republicano, como Juan Negrín.

La tarea de embajador formal se desarrollará entre marzo de 1939 y abril de 1945. El escenario había cambiado radicalmente porque entonces se trataba de la Segunda Guerra Mundial, pero la embajada de Londres continuó siendo un lugar crucial, dado el grado de debilidad de la España de la posguerra y los difíciles equilibrios que tendría que realizar un país tan débil en una posición tan inestable como era la de la no beligerancia. La propia integridad de la nación española parecía en peligro y la tarea del embajador se hizo especialmente difícil.

El autor de esta biografía ha querido subrayar también la atención que, como embajador, dedicó a la situación que padecían los judíos bajo el régimen nazi. Una preocupación en la que coincidió con algún otro diplomático español, como Ángel Sanz Briz, embajador en Hungría. Fue esta una de las páginas más tenebrosas del sangriento siglo XX y una piedra de toque para poner a prueba la dignidad de algunos comportamientos, entre los que cupo contar al embajador español en Londres.

El final de los años de dedicación a la actividad diplomática nos devolvió, finalmente, un Alba más centrado en los problemas de un país que vivía en la duda de la institucionalización de un régimen o el retorno a un sistema político homologable con los triunfadores de la guerra mundial. El autor nos conduce por esa última senda con la abrumadora información de la que ha hecho gala en toda esta apasionante biografía.

Alba es un hombre público que nunca perdió de vista que su condición nobiliaria le imponía la aceptación de un compromiso que, en los momentos tan solemnes y trágicos como los que le tocó vivir, nunca dejó de afrontar con la energía a la que le obligaba su condición.

Lord Acton había afirmado en 1877, un año antes de que naciera nuestro biografiado, que solo habría libertad en aquella sociedad en la que toda persona recibiera la protección adecuada para hacer lo que ella entendiera que era su deber, en contra de la influencia de las autoridades, de las mayorías, de las modas o de los vaivenes de la opinión. Y nuestro duque de Alba, al que les invito a seguir ahora de la mano de García Hernán, procuró ajustar su comportamiento, siempre que pudo, a realizar lo que entendía que era su deber de noble y de español, en lo que fue una vida tan prolongada como llena de frutos.

OCTAVIO RUIZ-MANJÓN
Real Academia de la Historia

Introducción

Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, XVII duque de Alba y X duque de Berwick, es un aristócrata enigmático, con apellidos extranjeros, pero español a punto fijo. Siempre rebosante de vida social, acumulador de experiencias y, a la vez, tímido e introvertido, con una mente atravesada por senderos de la historia de España, caminos por los que vamos a transitar para robarle su intimidad, lo que más cuida, y de paso asistir a nuestra historia nacional a través de su mirada. Se trata de un gran reto por la dificultad que entraña simultanear la historia de España con la historia de un personaje relevante en su doble vertiente pública y privada.

Es un referente de la España contemporánea que concitó interés en su tiempo por su aportación cultural y política, pero que hoy día está sepultado en el olvido y condenado por los mitos como hombre frívolo, descreído, amante del dinero y de los placeres, vanidoso y egoísta sin remedio, atrapado en unas poesías de Rafael Alberti que le han sentenciado como traidor y el peor de los españoles. Los tribunales durante la Segunda República le tuvieron por fascista, el Partido Comunista se incautó de su palacio de Liria, y su posterior incendio provocó un debate interminable sobre una realidad histórica que se convirtió en jurídica. Su hermano fue asesinado en Paracuellos, la Falange le acusó de mal patriota, de enriquecimiento ilícito, de no tributar en España, de afeminado y de todos los males de España. Y Franco le pagó sus servicios de embajador en Londres incoándole un proceso por masón y prohibiéndole salir de España. Se han ido creando cuentos y leyendas negras sobre su figura, pero ante todo cae contra él la sentencia de haber colaborado con la sublevación y el régimen, de haber sido embajador de Franco. Es, por tanto, una figura hoy día condenada, pero desconocida y olvidada, a la vez que controvertida, que pide una reconsideración histórica profunda y analizar su momento histórico para definir mejor los conceptos y encontrar las claves interpretativas de este turbulento período.

Su vida está sujeta a una línea continua de acción, de movilidad, de viajes incesantes, de un trajín interminable, en un afanoso ir y venir, con multitud de relaciones e incansables lecturas. Es la suya una existencia atrapada por guerras crueles y actos heroicos; de labor humanitaria y traiciones inesperadas; de devo-

ción por el arte y pasión por la historia; de entusiasmo por la política y apasionamiento por las ciencias humanas; de trabajo continuo e intenso. Y, a la vez, este hombre está cuajado de contradicciones, él mismo se siente perdido, experimenta el no saber si vale la pena seguir adelante. Solo tiene una esclavitud que le hace mirar adelante: desde que tiene conciencia de ser Alba hasta que muere es prisionero de su linaje y es esto lo que marca su vida entera. Estamos ante un personaje repleto de complejidades y excepcionalidades, porque vive unas coyunturas peligrosísimas que hoy día nos cuesta imaginar, por las que debe tomar decisiones forzosamente contrapuestas como duque de Alba y difícilmente explicables con nuestras claves interpretativas de ahora.

Acaso te preguntas: ¿Quién es de verdad el duque? ¿Quiénes educan su carácter y le forman intelectualmente? ¿Es de derechas o de izquierdas? ¿Conservador o liberal? ¿Es verdad que fue un fascista? ¿Cómo es su relación con su familia y la sociedad de entonces? ¿Cuál es su trato con el rey Alfonso XIII y los dictadores Primo de Rivera y Franco? ¿Cómo es capaz de apoyar la sublevación y representar al dictador Franco como su embajador en Londres? ¿De dónde procede su fortuna tras heredar deudas? ¿Cómo hace negocios? ¿Cuál es su patrimonio artístico y cómo lo consigue? ¿Es un actor de nuestra historia o es un mero espectador? Lo que encuentras aquí, ante todo, es su intervención en la historia nacional, no lo que hace por ensalzar la Casa de Alba, sino su sentido del «sé digno de tu nombre», del «cumplimiento del deber» y de su «rey servido», tres procesos que conforman su mente para la consecución de un ideal «monárquico».

Su muerte produce un impacto mediático notable, con innumerables referencias biográficas en la prensa, especialmente en España e Inglaterra, aunque quizá la noticia que más llama la atención, de puertas afuera, es la de *Le Monde*, donde nos habla el marqués Pierre d'Arcangues, periodista y testigo de nuestra Guerra Civil. Dice que Alba nunca perdonó a Franco el que no restaurara la Monarquía. Dejaba a su hija Cayetana, casada seis años antes con Luis Martínez de Irujo, y dos nietos, Carlos y Alfonso, y su hermana Sol, y tres sobrinos. Y sobre todo un recuerdo entre la multitud de amigos y conocidos que había tenido a lo largo de sus años de viajes y servicios a España como diputado, senador, jugador olímpico, presidente de la Unión Ibero-Americana, director de Relaciones Culturales, doblemente ministro, embajador en Inglaterra, presidente de la Asociación Wagneriana, director de la Real Academia de la Historia, académico de la Real Academia Española y de la Real Academia de San Fernando, vocal del Instituto Nacional de Previsión Social, vocal de la Junta de Ultramar, vocal de la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) y de la Residencia de Estudiantes, presidente del Patronato del Museo del Prado, presidente del Patronato de las Cuevas de Altamira, director del RACE (Real Automóvil Club de España), consejero del Banco de España y de Telefónica, director de Standard Electric, decano de la Diputación de la Grandeza de España. Sus más fieles amigos se precipitaron a escribir sobre él en la prensa y

en revistas científicas, quisieron dejar testimonio imperecedero de quien consideraron fue un hombre ejemplar. ¿Qué nos dice hoy día?

Durante un tiempo, bastante prolongado, desde que comencé a investigar para este libro, desde mi primer atisbo, pensé que este hombre se había equivocado de siglo, que tenía que haber nacido en el Siglo de Oro, pero él mismo fue quien poco a poco me convenció de mi error. En 1943 pronunció un discurso para toda la nobleza española en el que daba gracias a Dios por tres dones recibidos: el haber nacido racional, el ser español y el haberlo sido en tiempos de Alfonso XIII, porque —decía— no hubiera podido servir a ningún otro rey con mayor entusiasmo que a don Alfonso. La principal característica, dejando de lado su condición de duque de Alba, es su pasión por el arte y la historia, que hereda de su madre y que mantiene siempre, hasta el punto de ser consciente de que alguien, tarde o temprano, escribirá su biografía, no porque había escrito sobre historia, sino porque la había hecho y sabía lo que eso significaba. Entendía que había una relación directa entre historia e historiador, persuadido de que el punto de vista del historiador, por su propia personalidad, influye decisivamente sobre la composición de la historia.

Le gustaba tanto la historia que se daba cuenta, ya casi al final, de que realmente podía aburrir a sus oyentes. Están bombardeando Londres y como debate de historia con un amigo, no bajan al refugio, quieren acabar su conversación, porque eso es más importante que sus vidas. Jacobo, si se me permite, se siente muy inglés, su padre le pone niñeras y criados ingleses, y enseguida aprende el idioma. En los primeros años lo que más le gusta es la caza y el polo. Y como no para ni tiene miedo, se rompe dos veces la nariz, la primera en un accidente de coche en que ya quedó algo torcida, la segunda en la mitad de la final de polo en los Juegos Olímpicos, y termina el partido sin salir a curarse. Y una vez, de un mazazo jugando al polo se queda casi sin dientes, y así tiene que ir a su boda poco después sin poder sonreír. Además, queda de joven sordo de un oído, consecuencia de un tiro cercano de un amigo durante una cacería. De una caída esquiando pista abajo, arrollando físicamente a su compañera de deporte, le quedan unos vértigos que le amargan su existencia.

De lo ya dicho se comprende esa otra característica suya: el amor al deporte. Comienza a jugar al polo en Madrid, primero en Moratalla, luego en el Hipódromo, en tierra y luego en hierba, hasta que se abre el Club Puerta de Hierro, del que es alma durante mucho tiempo y adonde lleva, además del polo, el tenis y el golf. El polo es deporte que requiere disciplina y espíritu de equipo y esto le ayuda cuando forma grupos dirigentes en la gestión cultural y política. Suele jugar al tenis en el jardín del palacio de Liria. Le enseña la campeona Lili Álvarez, la primera española en participar en unos Juegos Olímpicos. En su casa se organizan fiestas para aprender a bailar. Le viene bien porque más que danzar utiliza los quiebros para batirse en duelo. En carnaval se organizan comparsas en la Castella-

na, se disfraza de gran duque de Alba, conde de Lemos o conde duque de Olivares. Desea imitarlos.

Es un fumador empedernido, empieza a escondidas en el colegio de Beaumont, le castigan con unas palmetas —no le importa—, lo medio deja durante su embajada en Londres. Tras varios ataques de pulmonía solo llega a fumar nueve pitillos diarios. Dice que únicamente puede espantar las preocupaciones, que entonces eran muchas por los bombardeos en Londres, como se ahuyentan las abejas, es decir, dándoles humo. No teme la nicotina, sabiendo que le mata, pero le asusta asistir a penas de muerte, como la de Mata Hari, a la que le invitan y que rechaza. Cuando le llega la enfermedad de la tuberculosis, durante la Gran Guerra, se produce la transición súbita del placer al dolor, ese cambio radical de saberse mortal, el milagro de sentirse caduco y gozar de un día más, el regalo de convertir cada día en un motivo de esperanza.

Nos acercamos a un personaje histórico interesante en un momento crucial de nuestra historia. No obstante, se le ha tratado más desde un punto de vista mediático —como padre de la duquesa Cayetana—, por la pertinaz actualidad de los Alba en la prensa rosa, edulcorado y novelado, a veces con polémica. Su persona está esfumada, no hay ninguna biografía científica. ¿Por qué? ¿Acaso fracasan los historiadores, que no calan en su trascendencia? ¿Es mala suerte, sin más, historiográfica, que no logra el momento propicio, denostado por la izquierda y por la derecha? No, no lo creo, más bien, como razón principal, está que él es un personaje no popular, mientras que su hija es todo lo contrario, de modo que es como si en realidad todo el mundo tuviera ya idea clara de quién es, y no se hiciera nunca precisa una biografía. A Cayetana no le importaba ser popular, e incluso fomentaba sacar a la plaza pública las intimidaciones del hogar de ese momento, sin mirar atrás, y las preocupaciones de la Casa de Alba hoy día son otras, algunas apremiantes, lejos queda la memoria del que se ha ido para siempre. A don Carlos, actual duque, mi gratitud, porque me ha hecho posible el acceso a su riquísimo archivo, circunstancia que nos permite tener hoy este libro.

Su vida es complicada por el personaje en sí mismo, porque la época es asombrosa, y por la enorme dispersión documental, que amedraña al más valiente. Su archivo personal está muy fragmentado, la pérdida de buena parte con el incendio de 1936 complica la investigación, además sufre tres mutilaciones voluntarias por miedo, una en 1931 a la llegada de la República, otra en 1936 al comienzo de la Guerra Civil y la ocupación comunista del palacio de Liria, y una tercera en 1945 a su regreso a Madrid y su oposición al régimen franquista por temor a los falangistas.

Nadie duda de la importancia del personaje ni de lo interesante de su tiempo. Al fin y al cabo, es un español que en su vida ha asistido a noventa cambios de gobierno, dos reinados, una regencia, una guerra contra Estados Unidos, una guerra colonial, una guerra civil, dos guerras mundiales, el asesinato de tres presi-

denes de gobierno, tres revoluciones, dos dictaduras, el asesinato de un hermano, la muerte prematura de una esposa, la enfermedad de la tuberculosis, el cuidado de una niña, el robo de sus recuerdos, la quema de su casa. ¿Acaso no tiene derecho a decirnos algo hoy día el que ha sido jugador olímpico, senador, diputado, académico, ministro y embajador?

He dividido el libro en tres bloques de cinco capítulos cada uno. La primera parte abraza el período desde su nacimiento, pasando por la trascendental Gran Guerra, hasta la proclamación de la Segunda República el 14 de abril de 1931, condensado en las palabras «Digno de tu nombre». Pasamos luego a la segunda, bajo el título «Cumplir con el deber», en donde prosigue su vida hasta el final de la Guerra Civil en 1939, con su aportación como ministro en 1930, que, aunque breve en tiempo, es intensa en experiencias que reclaman atención. Y la tercera, que denomino «Rey servido», desde ahí hasta su muerte en 1953, pasando por la Segunda Guerra Mundial y la dictadura franquista, que podía haber sido más larga, pero también más pesada.

DIGNO DE TU NOMBRE

Desastre y regeneracionismo (1878-1904)

INFANCIA FELIZ

Nace Jacobo en el palacio de Liria durante la madrugada del 17 de octubre de 1878. Rosario, su madre, tiene buen porte, según la inmortalizará Raimundo Madrazo cuatro años más tarde. Sube las escaleras puntualmente para ver a sus hijos Jacobo, Fernando y Sol, como nos cuenta el propio biografiado en sus inéditas *Memorias*. Luego trabaja en sus libros y papeles en un cuarto que llama Salón de Vitri-
nas, y trata de poner orden en su archivo y en sus obras de arte —a pesar de las importantes pérdidas por venta debido a la falta de recursos. Está metida en la política del momento —gobierna el conservador Cánovas del Castillo—, porque con la regencia de la reina María Cristina muchos políticos acuden a Liria para recibir consejo de su madre. Basta acercarse a su archivo para darse cuenta de esta afirmación, con cartas de notables ministros. No obstante, no ha calado entre los historiadores esta relación tan importante de su madre con la política del momento¹. Su padre Carlos es pequeño, delgado, con gran personalidad, muy testarudo. Nos dice Barcia —tutor de Jacobo— que solo hace una cosa en su vida: su santa voluntad. Viaja en cruceros por motivos de salud, porque padece asma. No le gusta que le observen, vive acomplejado por ser bajito, y quizá también se medio esconde por-

¹ ADA, C. 333, 336, *Memorias*, El libro de almoneda de la Casa, *Tableaux ... 75 tapisseries de premier ordre ... 4,000 gravures anciennes et modernes*, Bloche, 1877 Apr. 7-20, 1877. Sobre las colecciones, F. J. Sánchez Cantón, *Guía de las colecciones artísticas de la Casa de Alba*, Madrid, Diana, 1947. Sobre la historia del archivo, en José Manuel Calderón Ortega, «Una pequeña historia de la Casa de Alba», en *El legado Casa de Alba*, Madrid, Atalanta, 2012, págs. 19-25. Sobre la situación económica, María Jesús Baz Vicente, «Endeudamiento y desvinculación de los mayorazgos de la Casa de Alba en la España liberal», en *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*, vol. 2, Madrid, Alianza Editorial, 1994, págs. 25-42. Las memorias inéditas del padre Barcia están en BNE, Ms. 21269 y 21270. Cayetana Stuart, *Yo, Cayetana*, Madrid, Espasa, 2011. Su vida novelada, Emilia Landaluze, *Jacobo Alba*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2013.

que persiste un problema con la herencia de la Casa de Montijo, ya que la parte de su madre (dos terceras partes) permanecerá proindivisa entre sus dos herederos (Carlos y su hermana la duquesa de Galisteo y Tamames) hasta la muerte de Carlos, acaso por la oposición de la emperatriz Eugenia de Montijo, la tía abuela de Jacobo².

Viaja a Biarritz con sus primos los Tamames, luego al castillo de Dave con los Fernán Núñez. La casa está cerca del río Mossar, en donde practica el remo y la caza, monta en bicicleta con los niños visitantes, rezuma vitalidad por todas partes, como se ve en las pocas cartas que han sobrevivido. Es la época dorada de la bicicleta, que marca el inicio de una generación, y así conoce lugares lejanos en entretenidas excursiones que antes resultaban imposibles. Visita a los duques de Osuna, porque tienen un palacio cerca, el de Beauraing, y a los pretendientes al trono de Francia —tanto el duque de Orleans como su oponente el príncipe Napoleón. Acuden a Dave embajadores españoles y extranjeros, y familiares suyos.

Está orgulloso —según nos escribe en sus *Memorias*— de haber aprendido desde pequeño el inglés y el francés, y de hablar un poco el italiano y el alemán. No hay mejor educación que hablar varios idiomas —nos dice— y nunca podrá agradecer bastante a sus padres haberle educado de modo que hablaba el inglés y el francés perfectamente. No obstante, lamentará no dominar el latín, lo achacó a que los años cursados en el plan de estudios de su tiempo no le ayudaron; y después, cuando quiso aprenderlo, fue demasiado tarde. El francés lo aprende con el malagueño Vicente Sancho del Castillo, secretario particular de Fernán Núñez, al que tiene por poeta muy católico, autor de muchas críticas literarias. Sus numerosas cartas en francés e inglés confirman esta sentencia de sus *Memorias*.

También aprende matemáticas, algo de piano y danza, más que por bailar —que nunca lo hizo bien—, por si debía batirse en duelo, cosa que sí habrá de hacer. Durante su infancia —nos comenta— lee a menudo, por lo que desarrolla su imaginación y acentúa sus deseos de aventuras. Se pasa las horas leyendo o admirando el *Illustrated London News* u otras revistas inglesas llenas de acontecimientos, exploraciones, cacerías, guerras. Lee al Duque de Rivas, Zorrilla, La Fuente, y en idiomas originales a Walter Scott, Alejandro Dumas, Julio Verne, Frederick Marryat, James Fenimore Cooper, Victor Hugo, y traducciones inglesas del *Ramayana* y de la *Iliada* y la *Odisea*. Uno de los libros que más le impacta es *El origen de las cosas* de Parménides, que le inclina hacia la arqueología. Otro del que aprende algunos versos de memoria en italiano es la *Divina Comedia* de Dante. La *Biblia* la lee en francés. Estos recuerdos suyos posiblemente son verdad, pero habría que situarlos más adelante, porque antedata lecturas de una persona ya formada.

² Sobre Barcia, Ramón Paz Remolar, «Remembranza de don Ángel Barcia y Pavón», *Revista de Ideas Estéticas*, 141 (1978), págs. 3-12. La correspondencia de Rosario está bien conservada en Liria; especialmente importantes son las cartas que recibe de algunos políticos, ADA, C. 203. Sobre su madre, véanse las cajas del ADA, C. 318-319.